

Capítulo 63 - Ejercicios Teóricos - Una Guía Práctica para la Brujería [Libros 1 a 4, borrando 3 de julio]

Sebastian

23 de diciembre, miércoles, 10:45 a.m.

La primera mitad de la semana escolar de Sebastian transcurrió de manera bastante monótona. No hubo más intentos de adivinación y ella no pudo evitar esperar que los guardias estuvieran esperando a que la Torre del Águila fuera reparada. Si tenía serísima suerte —y apenas se atrevía a desearlo para no llevarse una decepción— su sangre podría haberse perdido o destruido en las explosiones, dejándolos completamente sin recursos y a ella a salvo.

‘En cualquier caso, no puedo hacer una adivinación inversa para recuperar o destruirlo a menos que reanudaran sus intentos. Así que, aparte de las tentáculos de Oliver que investigan cómo robar o destruir las pruebas protegidas, lo mejor será que enfoque mi atención en algo que realmente pueda controlar.’

Como no había progresos en cuanto a los ataques de adivinación, volvió a su misión previa: resolver el problema que era su falta de tiempo y energía.

En Ciencias Naturales el lunes, el profesor Gnorrish no tenía ningún experimento preparado para ellos. En su lugar, las pizarras frente a la sala estaban cubiertas con diagramas y gráficos realizados con tiza.

“Algunos de ustedes podrían cuestionar por qué dedicamos tanto tiempo y esfuerzo a las Ciencias Naturales, intentando ampliar nuestro entendimiento del mundo, cuando no hay nada que la transmutación pueda hacer que la transmogrificación no pueda. Otros han tenido las mismas dudas, y creo que los resultados de sus experimentos son evidencia suficiente. Para quienes murmuran entre ustedes que esta clase no tiene utilidad, que se preguntan por qué deberían aprender estas cosas si no tienen un uso real, o que no desean descubrir todos los detalles irrelevantes de cómo funcionan las cosas realmente...” Se dirigió a las pizarras. “Las Ciencias Naturales tienen un valor que va más allá de sí mismas.”

Sebastian ya empezaba a descifrar la importancia de los datos que tenía delante, extrayendo significado de las etiquetas.

“Hoy repasaremos los estudios que demuestran esto,” dijo el profesor Gnorrich. “En nuestro primer ejemplo, los investigadores tomaron una muestra base de sujetos que lanzaban el hechizo de cambio de color. Según tengo entendido, todos ustedes practican este mismo hechizo en su clase de Introducción a las Magias Modernas, así que deberían estar familiarizados con él. Los investigadores cuantificaron la eficiencia del lanzamiento, el área afectada y la resistencia del nuevo color al cambio.” Señaló un conjunto de datos en el gráfico que tenía detrás.

“Luego, hicieron que los sujetos lanzaran un hechizo equivalente de cambio de color usando tintes y su comprensión de la luz. Transmutación en lugar de transmogrificación. Midenaron las mismas métricas que antes.” Señaló un segundo conjunto de datos. El rendimiento fue notablemente peor que en el intento anterior.

“Cuando tuvieron una línea base adecuada para la transmutación y la transmogrificación, los investigadores sometieron a los sujetos a un curso intensivo sobre la teoría del color y la luz. Después, los hicieron lanzar el hechizo de transmutación nuevamente. Como pueden imaginar, mejoraron de manera drástica.”

El corazón de Sebastian latía como un lento trueno recorriendo su cuerpo. Su percepción del tiempo se ralentizó al comprender lo que venía después y comenzar a extrapolar lo que eso significaba para ella.

“Luego, lanzaron el hechizo una cuarta vez, esta vez utilizando los principios de la transmogrificación. No era un aumento en poder bruto, sino en habilidad. Como pueden ver, aprender a entender lo que estaban intentando lograr, incluso al lanzar un hechizo de transmogrificación, produjo una mejora significativa en todas las métricas.” Señaló el último conjunto de datos en la pizarra. “Esto varió desde un cinco por ciento de mejora general hasta, en el sujeto más impactado, un veintitrés por ciento.”

El profesor Gnorrich lucía inusualmente serio, contemplando a sus estudiantes con mirada profunda. “Si hay cosas que nuestras más altas artes y todo nuestro poder no pueden lograr, debemos estudiar los principios fundamentales hasta descubrir aquello que alguna vez fue una caja negra de fenómenos inescrutables. Solo entonces superaremos los límites anteriores de nuestra especie.”

‘Esto es lo que necesito,’ pensó Sebastien. ‘Es lo que me había estado faltando.’

El profesor Gnorrich dedicó la mayor parte de la clase a revisar estudios similares, y aunque Sebastien se sentía emocionada por el tema, le costaba concentrarse en la lección más allá de sus pensamientos acelerados. ‘Necesito aprender más sobre el cerebro humano y qué sucede exactamente en él cuando dormimos.’

En cuanto sonó la campana que anunciaba la hora del almuerzo, fue directamente a la biblioteca y tomó todos los libros que pudo encontrar sobre el tema. Una lectura rápida le permitió distinguir cuáles serían útiles y cuáles estaban completamente fuera de su nivel de comprensión actual. Sacó

una docena completa y tuvo que devolver la mayoría a las residencias porque era demasiado para llevar durante el resto de su día.

La Enseñanza Práctica de Magia concluyó el día escolar con otra fascinante conferencia del profesor Lacer acerca de ejercicios mentales que podían realizar antes de conjurar para mejorar la claridad de su Voluntad. Ella ya realizaba muchos de estos, pero Lacer parecía tener un entendimiento más profundo y enriquecido de, bueno, todo, en comparación con ella.

Luego, Damien y Sebastien encontraron a Newton cerca del borde este de la Menagerie, rodeados de árboles y plantas que los protegían de miradas curiosas.

Era momento de pagar a Newton por una semana de trabajo, algo que Sebastien tenía muy presente. No es que le guardara rencor por pagarle; no, claramente había tomado en serio su tarea. Le entregó un extenso registro escrito de las acciones de Tanya, acompañado de un informe verbal de los aspectos más destacados, que entregaba cada dos días. Merecía ser recompensado por su dedicación. Solo que ella desearía que el pago no tuviera que provenir de su propio bolsillo, aunque los fondos hubieran sido proporcionados por Oliver. Una vez en sus manos, le producía dolor desprenderse de las monedas.

“Fue al club de duelos ayer,” reportó Newton, “y no pude seguirla allí. He listado a algunos de los otros estudiantes que también forman parte del club con quienes parece tener buena relación. Además, supe que busca cambiarse de departamento de ayuda estudiantil el próximo semestre. En lugar de trabajar con estudiantes entrantes, le interesa transferirse al departamento de Historia. Es razonable, porque es menos trabajo, pero no es común cambiar de departamento entre los periodos de invierno y verano.”

“Buen trabajo,” dijo Sebastien, entregándole la paga a Newton.

Newton guardó las monedas con una sonrisa satisfecha. “Voy a buscarla en la biblioteca. Tengo que tutorar a un estudiante, pero ella también estará por allí.”

Mientras Sebastien y Damien caminaban hacia la Ciudadela, él dijo, “¿Recuerdas a mi amigo, Rhett Moncrieffe? Es miembro del club de duelos. Está prácticamente obsesionado. Quizá pueda asistir a una de las sesiones, y si resulta útil, podemos traer a otro informante o que uno de nosotros se registre en el club.”

Aunque Sebastien se sentía frustrada ante la idea de añadir una tarea más a su agenda, aceptó. “Estemos atentos a cualquier cosa interesante en el departamento de Historia también. ¿Para qué puesto específico está pujando? ¿Obtendría acceso a magia que normalmente está restringida o a secciones prohibidas de la Universidad? ¿Hay alguien ayudándola a conseguir ese trabajo?”

“Esto sería más sencillo si alguno de nosotros fuera un poco menos llamativo”, dijo Damien. “Es demasiado probable que una simple investigación o interrogatorio sin importancia termine convirtiéndose en tema de chismes si uno de nosotros está involucrado.”

‘No se equivoca,’ admitió Sebastien.

Dejando de lado la frustración que amenazaba con arruinar su ánimo, ella hizo una parada en las residencias para recoger algunos libros de consulta que había dejado antes y luego regresó a la biblioteca.

Esperó hasta que nadie pareciera estar observando, luego usó su pase ilícito a la sección de acceso restringido de baja seguridad para deslizarse por la puerta cerrada con llave. Su pase solo le permitía acceder a una de las muchas salas en los niveles subterráneos inferiores, y debía tener cuidado de no perderse en el camino.

Después de que Damien la vio salir del segundo piso de la Ciudadela, ella deseó encontrar un lugar más privado para hacer algo verdaderamente cuestionable. De cualquier manera, no podía sacar textos restringidos de la biblioteca, así que el archivo restringido era el lugar perfecto para permanecer oculta sin ser vista.

El aroma a papel viejo, pergamino y cuero equilibraba el olor a polvo, con un leve toque de humedad que se mantenía cuidadosamente controlado para cuidar los libros. Lo inhaló profundo, exhalando en la soledad, sonriéndose un poco a sí misma.

Sus hombros, que ni siquiera había notado que estaban tensos por la presión, se relajaron con alivio, mientras ella se sentaba lentamente en una vieja silla de madera en la esquina de la habitación. Tras unos momentos de silencio, se levantó y tomó medio docena de libros más de las estanterías, sin necesidad de leer los títulos.

La luz del cristal cerca de la puerta no era lo bastante brillante, así que sacó su botella de chispa de luz lunar de su bolso, la agitó bien y la colocó sobre la mesa.

Su nuevo Conducto de zafiro estaba escondido en el borde de su bota, lo que le resultaba algo incómodo por su tamaño, pero era el mejor lugar que tenía en ese momento. “Quizás alguna clase de funda de cuero que pueda esconder bajo la ropa,” se pensó. “Eso lo mantendría contra el abdomen, o tal vez en la parte baja de la espalda.” Lo esencial para usar un Conducto era tener contacto con la piel, pero sostenerlo en la mano siempre facilitaba el canalizar, así que no quería dejarlo completamente inaccesible.

Tener un Conducto suficientemente potente y un respaldo adecuado significaba un problema menos, pero le dejaba todavía con una docena de opciones en reserva.

Estaba tan exhausta como siempre, y aunque no quería aceptarlo, sentía que el estrés la desgastaba y deshilachaba sus nervios bajo la presión, la carga académica, los ejercicios adicionales del profesor Lacer y su falta de sueño.

Su identidad como Siobhan Naught todavía era buscada por las autoridades por robo y magia sanguínea.

Ella era indigente en comparación con los elevados gastos de vivir en Gilbratha, y además, sumando los exorbitantes intereses, debía más de mil coronas de oro a una organización criminal—una organización que requería que realizara favores no especificados para pagarles. La misma organización criminal que, técnicamente, poseía el treinta por ciento de su amado zafiro

negro estrella.

Poseía un libro encriptado, robado y de valor incalculable, del cual no había avanzado ni un ápice en descifrar.

Su padre estaba en la cárcel y, en algún momento, probablemente sería enviado a trabajar en las minas de la prisión.

Todavía no tenía nada concreto acerca de Tanya.

Y el profesor Lacer, probablemente el taumaturgo más inteligente y capaz de Gilbratha, parecía pensar que ella era una idiota imprudente. Y no podía refutarlo, ni siquiera en su propia mente. Lo cual era casi lo peor de todo.

—Si pudiera eliminar la necesidad de dormir, o incluso reducirla a unas pocas horas por noche, recuperaría todas esas horas perdidas. La criatura que se apodara de mi necesidad de dormir también tendría que encargarse de sanarme y procesar lo que mi cuerpo necesita. —Necesitaba aprender cuanto fuera posible sobre el funcionamiento del cerebro y el efecto del sueño tanto en él como en el cuerpo. Si lograba acumular una vasta cantidad de conocimientos, aunque no solucionasen directamente su problema, tal vez sería suficiente para conjurar un hechizo que lo arreglara mediante la transmogrificación. —Sospecho que todavía necesitaré un descanso cada noche, ya sea un sueño verdadero o simplemente un descanso forzado para que mi mente se recupere, y cada pocos días tendré que dejar que el hechizo desaparezca por completo. Tendrá que estar en forma de artefacto, ya que mantener un hechizo activo las veinticuatro horas del día contraría sus propios fines...—

Estaba absorta en sus pensamientos, garabateando bajo la luz que lentamente se apagaba de la botella de poción, cuando la puerta al otro lado de la habitación—la otra que nunca se abría—se abrió.

No saltó ni dio un paso atrás. Se quedó congelada.

Detectó lentamente la silueta del abrigo oscuro y largo del Profesor Lacer desde el rincón de su visión. Cuando se volvió lentamente para mirarlo, él ya la estaba observando.

No intentó esconder lo que estaba trabajando, esperando que la falta de culpa le impidiera sospechar de ella. Podría haber logrado un pase para una sección restringida menor con cualquiera de los Profesores. Tal vez tenía todo el derecho de estar allí.

Lacer pareció ignorarla, recorriendo los estantes llenos de libros hasta encontrar aquello que le había traído a la habitación. Pero en lugar de irse con ello, se detuvo frente a la mesa donde ella estaba sentada. Su presencia era como una torre inestable que bloqueaba el sol, imposible de ignorar, transmitiendo a quien estaba debajo la vaga sensación de que en cualquier momento podría desplomarse, aplastándolo.

—No seas grosera, Siverling—, le dijo, señalando la mesa, que estaba cubierta en su mayor parte con textos de referencia abiertos y pedazos de papel—. Haz espacio.

Levantó la mirada para encontrarse con la suya, sin saber si debía sentirse aterrorizada o aliviada por el retorcido arco de ceja que él tenía. Se apuró en ordenar el área delante de él.

Se sentó, colocando un libro sobre la mesa. Cogió su botella de poción azul, la agitó para que la luz volviera a brillar con mayor intensidad y empezó a leer.

Sebastián le observó un momento, pero él la ignoró, pasando las páginas de su libro con una velocidad apenas mayor a la habitual, lo suficiente como para que ella se preguntara si realmente estaba leyendo.

Sintiendo incomodidad, volvió a centrar su mirada en su propio trabajo y, tras unos minutos de esa ansiedad que solo ella parecía sentir, decidió que estaba siendo ridícula. —Si él va a meterse en problemas por mi culpa, sentada aquí como un conejo asustado no lo impedirá—. Tomó su pluma y anotó las diferentes sustancias que el cerebro recuperaba durante el sueño, copiadas del libro frente a ella.

Casi media hora había transcurrido en silencio, y aunque todavía encontraba extraño aquel momento, su ansiedad se había disipado y se sumergió en el estudio.

Fue entonces cuando finalmente se atrevió a hablar. —¿Qué tal te están pareciendo tus clases?

Ella levantó la vista hacia él, pero él seguía mirando su libro, el cual ya tenía a mitad de lectura. “Los adoro,” susurró.

“¿De verdad? ¿A todos?” Su tono era impenetrable, pero si tuviera que adivinar, diría que era escéptico.

“Bueno, Pecanty es un poco...”

El profesor Lacer levantó la vista para encontrarse con su mirada.

“Ligero de carácter. Tiene sus ideas fijas. Damien lo llamaba ‘desinteresado’,” dijo ella.

“¿Desinteresado?” repitió él. “¿Estás de acuerdo?”

“Él desalienta preguntas poco ortodoxas y el pensamiento asociativo,” afirmó, con el rostro retorcido en una mueca de desdén. “Es un académico ostentoso más preocupado por parecer intelectual que por explorar en profundidad el campo en el que—supuestamente—es un experto.”

“¿Estás segura?”

Ella no apartó la vista. “Sí. He intentado hacer preguntas y promover discusiones varias veces, solo para ser tratada con condescendencia como si fuera una niña soñadora demasiado inmadura para entender que el pensamiento original es una ingenuidad.”

Lacer asintió. “Pecanty es un idiota. La juventud le golpeó con una maldición experimental. Convertió su cerebro en caramelo de goma. Fue salvado, pero desde entonces ha sido un poco

extraño. Parece que tener pensamientos nuevos le resulta difícil.”

Sebastián no pudo distinguir si el profesor Lacer estaba bromeando.

Sus ojos expresaban una sonrisa irónica, pero su voz era seria. “Pero tú no pareces ser incuriosa, ¿verdad?” preguntó, señalando con la mirada los libros y notas frente a ella. “Esto no me parece trabajo para una clase de primer curso. ¿Un proyecto independiente?”

Ella llevó la lengua por detrás de los dientes. “Ejercicio teórico. Tengo mucha curiosidad.” Intentó darle un tono igual de ambiguo que el suyo, en un tono sobrio pero que no pareciera esperar que él tomara sus palabras al pie de la letra. Su corazón latía un poco más fuerte esperando su reacción.

“Voy a echarle un vistazo,” dijo, extendiendo la mano con expectación. “Soy muy bueno en ejercicios teóricos. Quizá pueda ayudarte.”

Con calma, recopiló las hojas sueltas que había acumulado en días recientes de estudio y se las entregó.

Él las revisó casi tan rápidamente como había leído el libro, con la mirada recorriendo sus notas, preguntas y diagramas de hechizos torpes. “Es, en esencia, un hechizo de atadura,” murmuró. “No es un voto, pero sí un intercambio continuo.” Continuó leyendo por un rato más y luego dejó el montón en su lugar. “Eliminar la necesidad de dormir? Es un poco torpe, pero una idea muy interesante. Al menos, no es un hechizo de estímulo constante. Eso te habría matado. Hipotéticamente.”

“¿Y esto?”

“Perderá eficacia con el tiempo, pero si solo lo usas ocasionalmente, la idea tiene mérito. Le regalé una reprimenda a cualquier estudiante de primer curso que me dijera que estaba preparando para lanzar esto. No basta con poder; se necesita finesse. Veo que el hechizo está dividido en varias etapas, y anotaste tiempos prolongados de lanzamiento para un mayor acumulamiento de energía, lo cual es inteligente. Casi diría que tienes experiencia en lanzar hechizos similares.”

Ella mantuvo su rostro impassible. Había modelado partes de ese hechizo, incluyendo elementos de la estructura y el glifo de “conexión”, basándose en lo que recordaba del hechizo mensajero Lino-Wharton.

Quizá no era una crítica sutil, porque él continuó sin apenas detenerse. “Aún así, advertiría a cualquier estudiante en tu nivel contra intentar este hechizo. La demanda de magia sería bastante alta.” La miró con dureza, como un recordatorio de que pensaba que era una imprudente. “Sobre todo si no tiene experiencia lanzando hechizos similares, ya sea en su totalidad o en componentes similares. La magia sería indómita por su novedad, por su falta de historia. El estudio que estás haciendo”—hizo un gesto hacia el libro de biología en sus manos—“sería útil, pero insuficiente sin poder.”

— Necesitaré practicar hechizos de encuadernación y sanación, además de volver a evaluar mi capacidad de Voluntad —dijo en voz alta.

Parecía escéptico, pero pronto volvió a concentrarse en los papeles, continuando con su análisis. —Sin embargo, está claro que no posees una verdadera base en la teoría de los hechizos. Tu símbolo fundamental es la pentagrama, que podría ser el más común en hechizos de transmutación más poderosos, pero para aplicaciones como ésta, no es el canal ideal por sí solo. Te recomendaría incorporar un hexagrama, por su vínculo con la sabiduría, la inteligencia y la transferencia de ayuda.

Se inclinó hacia delante, tomando una pluma para anotar. —Eso tiene sentido. Pero, ¿por qué no un octagrama? Este es un hechizo de intercambio. ¿No sería más útil el símbolo del octágono, relacionado con el equilibrio?

— En realidad, varios de los símbolos están asociados con el equilibrio. El octágono y el octagrama, en particular, son más adecuados para sistemas estables, el balance entre creación e intercambio. Aunque el octágono puede ser útil para crear algo parecido a un hechizo de microecosistema con pocas pérdidas, el octagrama representa un equilibrio genuino entre creación y destrucción. Justicia. Lo que los orientales llaman karma. Esto no es un truco de igual a igual.

Ella miró con intensidad, y ella asintió en señal de concesión.

— Y, dado que estás de acuerdo con esa idea, si una hechicera inexperta como tú intentara usar un octagrama, algo podría salir mal. Y aún más si sintieras remordimiento por lo que estás haciendo al otro lado.

Sintió la incomodidad de mover ligeramente su asiento, pero no hubo juicio en su tono.

— Sin embargo, la parte más torpe de esto es tu uso de glifos. La Palabra es burda, claramente armada por alguien con experiencia limitada. Hay opciones mucho mejores para describir este hechizo. Solo tomaste la opción más simple. Él tomó uno de sus papeles, le hizo una seña impaciente con la pluma y escribió rápidamente una serie de glifos y sus traducciones connotativas.

Sebastián la miró con avidez, casi como si fuera un tesoro el fragmento alternativo de la Palabra que acababa de entregarle. —Transferencia forzada, regalo, sueño y sueños. Transferencia impuesta de armonía, descanso y sanación. Algunos glifos eran desconocidos para ella, y él los había reordenado. Era el núcleo del hechizo, realmente. Ella también escribiría todo el proceso y las instrucciones a mano, para mayor estabilidad, pero los glifos canalizaban y moldeaban la magia de una forma que las letras y palabras no lograban. Con un simple garabato, el profesor Lacer acababa de reducir considerablemente sus posibilidades de perder el control del hechizo. —Gracias —dijo sencillamente.

— Vuelve cuando hayas avanzado más en el diseño del hechizo. Lo revisaré por ti. Y... espero no tener que decirlo en voz alta, pero tu sentido común no me impresiona tanto como tu Voluntad. Un hechizo como éste, incluso si lo realizan dos partes completamente consensuadas con fines de investigación, podría clasificarse como magia de sangre —sus ojos brillaban, iluminados por la luz de luna que parecía chispear en la botella, otorgándole un brillo etéreo—. El mundo no es benévolo con... la curiosidad en esa dirección.

Ella lo miró en silencio durante unos momentos. Se dio cuenta de que la carga eléctrica en el aire era un pacto silencioso entre ella y Thaddeus Lacer, el hechicero joven más poderoso de un siglo, uno de los más poderosos del país, y probablemente también el más interesante. El hombre sobre el que había buscado historias y noticias desde que era niña... aprobaba sus esfuerzos. La estaba ayudando, y advirtiéndole que lo mantuviera en secreto, que no lo compartiera con quienes podrían no comprender.

Se sintió indescriptiblemente, completamente despierta mientras asentía en silencio a su advertencia.

Se levantó de repente. "Espera aquí." Caminó alejándose y salió por la puerta por donde ella había entrado. Regresó unos minutos más tarde con uno de los libros más gruesos que había visto en su vida. Lo colocó con un golpe seco sobre la mesa frente a ella.

Un Compendio Completo de Componentes, rezaba en letras doradas y grabadas en cuero. Abrió el libro en una página al azar, pasando cuidadosamente varias hojas. Las ilustraciones eran meticulosas, con un brillo ocasional de metales preciosos o polvo de gemas, y las letras enroscadas y ornamentadas. Cada página contenía información concisa pero detallada sobre un componente: las distintas fases de crecimiento, las mejores condiciones para cosecharlos con diferentes efectos, y los diversos hechizos en los que se usaban común y raramente. Muchos componentes eran familiares, pero incluso más eran desconocidos para ella.

Se detuvo en una página particularmente macabra. Sin duda, los intestinos de arpía no estaban en la lista de componentes permitidos en hechizos. Especialmente no si se usaban en un ritual mientras la arpía seguía viva. Aunque no se consideraban humanos según la definición aprobada por la Corona, estaban lo suficientemente cerca como para que muchas partes de su cuerpo fueran ilegales. *Por eso este libro está restringido. Realmente es un compendio exhaustivo.*

"Deberías poder encontrar los componentes adecuados y el Sacrificio en este libro," dijo Lacer.

"Mi pase no me permite sacar libros restringidos, y no hay manera de devolverlo a donde lo tomé," admitió.

Él tomó el libro, y, sin mostrar expresión, se dirigió hacia la estantería más cercana. Se inclinó y lo insertó entre otros dos libros en el estante más bajo. "La biblioteca no tiene wardings ni alarmas contra libros mal colocados. Una terrible omisión. A veces, los libros incluso se... pierden."

"Sí," asintió, ladeando la cabeza pensativa. "Realmente terrible. Incluso peligroso, para las mentes impresionables de los jóvenes estudiantes."

Por primera vez en su vida, el profesor Lacer sonrió, una media sonrisa que se extendió por su rostro. Desapareció casi tan rápido como había llegado. "Recuerda entregarme tus esfuerzos para supervisión cuando estés lista," dijo. Sin esperar respuesta, tomó el libro para el que originalmente había venido y salió por la misma puerta por donde entró, desapareciendo en alguna parte de la red de habitaciones subterráneas.

Sébastien se quedó mirando la puerta cerrada, con todos los recursos necesarios para diseñar el hechizo que acabaría con su necesidad de dormir ahora a su disposición. Eso era fantástico.

Pero casi le emocionaba más haber conseguido, de alguna forma, la aprobación del profesor Lacer.

Revisión #1

Creado 14 julio 2026 02:24:38 por Edward Elric

Actualizado 14 julio 2026 02:24:47 por Edward Elric